

Lunes, 18 de junio de 2018

“Comparte el amor que recibes”

1R 21,1-16 Líbreme Dios de darte la herencia de mis padres.

Sal 5,2-7 De mañana te presento mi súplica y quedo a la espera.

Mt 5,38-42 Yo os digo: no resistáis al mal. A quien te pida, da.

Nuestra herencia es el Amor, el ser hijos de Dios, hermanos los unos de los otros, el ser testigos de la fe y la esperanza de plenitud en un Dios que nos ama, que está con y por nosotros, pues desea nuestro gozo y felicidad, aunque llevemos este tesoro en vasijas de barro. Somos tan necios, que a veces despreciamos esta herencia por hacernos herederos del dinero, del capricho, del vivir según nuestros criterios y, sin darnos cuenta, nos volvemos egoístas, sin escrúpulos, con tal de conseguir lo que deseamos.

El rey Ajab, no piensa más que en hacer cumplir sus deseos, aún a costa de la vida de Nabot. Es frecuente en nuestro mundo ver muchos Ajab, que tratan de que perdamos la herencia, el sentido de la vida, el ser cristianos. Sin darnos cuenta actuamos como el hijo pródigo, que toma su herencia y la despilfarra en hacer lo que le gusta.

El mal es una tentación y está ahí reclamando nuestro corazón. Jesús nos hace ver que se le hace frente con el amor, y el amor se nos da, el Espíritu se nos ha dado y se manifiesta en la generosidad, la solidaridad, la comunión entre todos, nos libra de ese mal que se cierne sobre nuestras vidas y nos empuja, muchas veces, a hacer aquello que no queremos hacer.

Vencer al mal a fuerza de bien fue la dinámica de Jesús, y lo consiguió dejándose amar primero: Como el Padre me ama, amo yo. Eso le permitió vencer en la tentación: No sólo de pan vive el hombre, sino del alimento de Dios. Su fuerza era el Amor que recibía del Padre. Su herencia, saberse Hijo amado. Su poder, el dar la vida de Dios, para que nosotros seamos y vivamos como hijos de Dios.

Sábado, 23 de junio de 2018

“¡Señor, ayúdanos a compartir el amor que nos tienes!”

2Cro 24,17-25 Dios les envió profetas para que se convirtieran.

Sal 88,4-34 He encontrado a mi servidor, mi amor irá con él.

Mt 5,24-34 Buscad el Reino y lo demás se os dará por añadidura.

Somos duros de cerviz, vemos que nuestros pensamientos e ideas nos traen desazón y frustración, y aun así preferimos “sus glorias” a escuchar de qué nos habla Dios, e intentar vivir de acuerdo con sus mandamientos.

Nos hablan de Dios, y nos decimos: Mañana escucharemos, ahora estoy muy ocupado, entretenido; y, cuando nos vienen los problemas, nos sentimos desolados, irritados, porque Dios nos ha abandonado.

¿Acaso se nos olvidan sus palabras? Es que no he escuchado sus palabras: He encontrado a mi servidor, mi mano es firme para él. Mi amor va con él. Yo seré su Padre, su Dios, su roca salvadora, y haré de él mi elegido, llamado a llevar mi nombre a todos los hombres.

Queremos ser astutos y servir a dos señores, tener un pie en el cielo y otro en la tierra, pero eso no puede ser. Al ser humano se le da la libertad para que elija el camino: Confiar en Dios, abandonarnos a su Providencia, o creer en que el hombre puede ocupar el lugar de Dios.

¡Cuántas veces nos dice Jesús!... se hará según tu fe, y también, porque has creído se te concederá. ¿Qué nos pasa? Creemos a cualquier cantamañanas y ponemos en duda la palabra de Dios. ¡Hombres de poca fe!... Andamos preocupados por muchas cosas, y vuestro Padre ya sabe lo que os hace falta. Busquemos las cosas de arriba, escuchemos la palabra de Dios, los planes que tiene para nosotros para crear entre todos su Reino, lo demás dejémoselo al él.

¡Dejemos que la fe sea nuestra fortaleza!

Miércoles, 20 de junio de 2018

“Pedid y se os dará una medida generosa, remecida, abundante”

2R 2,1.6-14 Pídeme lo que quieras que haga por ti.

Sal 30,20-24 Yo decía: estoy dejado de tu mano, tú oías mi voz.

Mt 6,1-6.16-18 Tu Padre que ve en lo secreto, te recompensará.

Es que hoy y siempre, Dios no solo se acerca a nuestras vidas, sino que está en nosotros, es el Emmanuel, que nos dice: ¡Pídeme! ¿Qué le pides? ¿Salud, trabajo, amor...? Pídele que te ayude a abrirle el corazón, para que te haga partícipe de su Bondad, de su Sabiduría.

Hacemos siempre las cosas movidos por un motivo, con una intención, sin pararnos a pensar si lo que hacemos es voluntad de Dios y para bien de todos o simplemente para nuestro provecho.

Jesús, hoy, nos pide altura de miras: **Cuando des limosna**, que no se entere nadie, para que no te pavonees, sino que te salga del corazón la generosidad. Da de lo que recibes, compártelo, porque muchos carecen de lo que tú tienes. **Cuando ores**, no presumas de lo bueno que te crees. ¡Cómo nos gusta la vanagloria, que nos miren, que la gente se dé cuenta de lo buenos que pensamos que somos, de que Dios está con nosotros! Jesús nos dice: Que tu oración sea de intimidad con Dios, escuchada por Dios, dialogada entre tú y él. **Cuando ayunes...** no presumas de tu fuerza de voluntad; ayuna de caprichos, de ser servido, de ocupar los primeros puestos; ponte al servicio de los demás sin que se den cuenta: sirve, ama, entrégate en silencio, para que tu ayuno lo vea Dios y le agrade. Tu recompensa está en saberte amado que Dios te confía su amor.

Nuestro mundo está necesitado de hombres santos, recios; por tanto, felices y alegres. Por nosotros mismos nada podemos, pero el Espíritu de Dios en nosotros, sí puede. Si lo escuchamos y recibimos, nos capacita para ser hijos de Dios, profetas, apóstoles, ministros de su Palabra, de su misericordia, de su bondad.

Jueves, 21 de junio de 2018

“¡Que todos los pueblos te den gloria!”

Si 48,1-15 La palabra de Elías se derramaba como antorcha.

Sal 96,1-7 ¡Reina Yahveh, la tierra exulta!

Mt 6,7-15 Orad así: Padre nuestro, que estás en el cielo...

“Un día llegó un hombre que tenía magia en la voz, calor en sus palabras, embrujo en su mensaje”. Un día viniste Tú, Señor, y nos mostraste el camino del amor, la posibilidad de relacionarnos con Dios, de entrar en su corazón y conocer su voluntad.

Elías, profeta de Dios, derramaba su palabra como antorcha, anunciaba y denunciaba al pueblo que se había apartado de Dios y esa separación trae sufrimiento. Fue designado para hacer volver los corazones de los padres a los hijos, para la conversión y hacer reino de los cielos en los corazones del pueblo.

Hoy nos llama y nos invita a nosotros a ser sus profetas de esperanza, que hablen a los hombres de Dios y a Dios le hablen de los hombres.

Nuestra vida está llena de nombres que Dios ha acercado a nuestro vivir: familiares, amigos, conocidos, y personas que prueban nuestro amor, los que no nos resultan tan amables. A todos ellos los ha puesto Dios a nuestro lado, para que les llevemos su salvación, les anunciemos que hay esperanza, que Dios no nos abandona nunca, que es fiel a su amor y jamás lo aparta de nosotros.

Jesús, hoy nos anima a orar... Orar llamando a Dios: Padre. Tenerle verdaderamente como Padre, sintiéndonos amados, arropados, mimados en sus brazos y ver a los demás como hermanos, como familia, pues es Padre nuestro, de todos.

Pidámosle con confianza de hijo el pan de cada día, ese pan que nos lleva a vivir la vida eterna aquí y ahora, aunque no lo podamos hacer en plenitud pues somos limitados. A vivir el perdón, pues nos perdona y nos capacita para perdonar.

Viernes, 22 de junio de 2018

“¡Pon tu luz en nuestra vida para que seamos luminosos!”

2R 11,1-4. 9-18.20 Hizo una alianza entre Dios, el Rey y el Pueblo.

Sal 131,11-18 El fruto de tu seno, asentará en tu trono.

Mt 6,19-23 Donde está tu tesoro, allí estará también tu corazón.

La historia del rey Joás está llena de traiciones y violencia, de muertes y de odios. Dios ha puesto su mirada en él y le salva de toda violencia. Pacta con él ser su Dios, su Rey, y que él sea su pueblo.

En todo tiempo aparece el egoísmo que trae los males, por eso necesitamos que Dios venga y nos salve, nos libere y haga con nosotros un pacto de amor; necesitamos creer que Dios no nos abandona, que siempre está pendiente de nosotros. No pone condiciones al amor, pues él ama siempre y a todos. Lo que pasa es que el que es fiel a su amor lo disfruta y si hacemos su voluntad le agrada, como de los suyos, su pueblo, sus hijos.

Dios nos ha creado para amar, para hacer de este mundo un mundo de armonía, de hermandad. ¿Qué nos ocurre, en qué afanes andan nuestros corazones, que no somos capaces de darle sal y luz a nuestro mundo?... ¿Dónde buscamos nuestros tesoros?, ¿ésos por los que nos movemos, por los que suspiramos, por los que a veces pasamos por encima de cualquiera con tal de tenerlos? ¿Somos conscientes de que, a veces, lo que deseamos no es lo que nos conviene?...

Jesús, hoy, nos recuerda que de lo que se trata es de amontonar los tesoros del cielo donde nadie los puede tocar. Porque, ciertamente, donde pensamos que está nuestro tesoro, allí ponemos nuestro corazón.

Las ofertas del mundo son muchas, apetecibles, deseables, pero ¿son buenas para nuestras vidas? Vivimos de deseos, cuando estamos llamados a vivir de obediencia para ser hijos felices y dichosos.

Martes, 19 de junio de 2018

“¡Señor, crea en nosotros un corazón puro y humilde!”

1R 21,17-29 ¿Has visto cómo Ajab se ha humillado?

Sal 50,3-16 ¡Purifícame Señor!, pues reconozco mi delito.

Mt 5,43-48 Si amáis a los que os aman, ¿qué mérito tenéis?

¡Qué bueno, descubrir que ningún pecador, por grandes que sean sus pecados, llega tarde al amor de Dios, si se humilla y se arrepiente! **Hoy estarás conmigo en el paraíso**, es la respuesta que Jesús da al buen ladrón, al que se arrepiente de su mala vida, que se da cuenta de que vivir sin Dios no tiene sentido, lleva a la muerte.

Ajab, peca gravemente ante los ojos de Dios, pero lo reconoce y se arrepiente y Dios se apiada de él. A Dios le entenece la conversión de sus hijos, como a cualquier madre o padre que su hijo reconozca su falta y se arrepienta. Sólo nuestro orgullo, nuestra soberbia, el creer que podemos vivir lejos del amor de Dios, nos pierde, nos hace vivir la más tremenda de las soledades.

Jesús nos invita hoy a ir un paso más adelante: ¿Dices que me amas?, pues llévalo hasta el extremo de amar a los que te hacen daño y, no sólo eso, pide por ellos, para que se puedan arrepentir y alcanzar el corazón de Dios.

¡Qué suerte tenemos los cristianos, que escuchamos la Palabra, que comemos el pan del amor, que nos sentimos y somos hijos de Dios! Tenemos la responsabilidad de encarnar y vivir en nuestra limitación la bondad del corazón de Dios que se entenece por su criatura, por sus hijos. Somos la debilidad de Dios.

¡Señor, purifícanos!, mira nuestra humillación, cómo nos arrepentimos de nuestros pecados. Que nos sintamos perdonados para que recobremos la alegría, el gozo de sabernos hijos, de contar con tu cariño y ternura, de saber que tus brazos nos esperan para acurrucarnos y abrazarnos.

Domingo, 24 de junio de 2018 “Natividad de San Juan Bautista”

¡Dios, desde el seno materno, me llamó por mi nombre!

Is 49,1-6 Te voy a poner por luz de las gentes.

Sal 138,1-15 Señor, tú me sondeas y conoces.

Hch 13,22-26 He encontrado a David, hombre según mi corazón.

Lc 1,5-66.80 La mano del Señor estaba con él.

¡Qué maravilla!, ¡cuánta alegría!, saber que Dios, desde el seno de nuestra madre, nos ha llamado para ser sus hijos, para colaborar con él en la salvación del mundo, para dar calor y poner luz en medio de tanta oscuridad. Sí, tú y yo, ¡nosotros!, llamados, elegidos para ser luz de las gentes; para ser sal en nuestros ambientes y decir a la gente que Dios, nuestro Dios, nos ama, porque es un Dios con nosotros, está por nosotros.

¡No temas llevar a cabo la misión!, porque no estás sólo. Dios conoce todos tus entresijos, lo que piensas, lo que temes... y así, te ha elegido, cuenta contigo, se hace necesitado de ti, para que ames encarnando su amor, dando su paz y esperanza.

Conoce nuestra pobreza, nuestra debilidad, y por eso nos recuerda que no nos deja solos, que nos lleva tatuados en la palma de sus manos, que está para salvarnos, para levantarnos, pues todas **nuestras sendas le son familiares**, no le separan nuestros pecados, nuestras miserias, sino que le separemos de nosotros.

¡Ojalá!, que oigamos en nuestro corazón la voz de Dios que nos dice: Tú eres mi hijo, yo te he elegido hoy para que vayas y los perdidos se vuelvan a Mí, para que por ti mi salvación alcance a los que te confío. Te llamo para que reflejes mi luz.

¿Quién yo? Sí, tú, a quien he confiado mi amor. Tú serás el que vaya delante de Mí, el que anuncie que ha llegado la salvación. Y... ¡no temas!, mi mano estará sobre ti, y mi Espíritu te guiará.

¡Señor, aquí estoy para hacer tu voluntad!

Pautas de oración

Se le soltó la lengua



y empezó a hablar
bendiciendo a Dios.

DIOCESIS DE ALCALA DE HENARES